

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Sol negro

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

el paseo|central, 32

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

**EDWARD ABBEY**

# **Sol negro**

Con un epílogo de John Nichols  
y un retrato de Charles Bowden

Traducción y prólogo  
Juan Bonilla

el paseo, 2023

Título original: *Black Sun* (1971).

© 1971 by Edward Abbey; renewed 1999 by Clarke C. Abbey  
© de la traducción y prólogo: Juan Bonilla, 2023  
© de esta edición: EL PASEO EDITORIAL, 2023  
[www.elpaseoeditorial.com](http://www.elpaseoeditorial.com)

1.ª edición: junio de 2023

Diseño y preimpresión: EL PASEO EDITORIAL  
Cubiertas: Jesús Alés ([sputnix.es](http://sputnix.es))  
Corrección: EL PASEO EDITORIAL  
Impresión y encuadernación: Imprenta Kadmos

I.S.B.N. 978-84-19188-26-7  
DEPÓSITO LEGAL: SE-1106-2023  
CÓDIGO THEMA: FBA

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Reservados todos los derechos.

Impreso en España.

## Contenido

Prólogo, por Juan Bonilla IX

### *Sol negro*

Prefacio 5

PRIMERA PARTE. En el bosque 7

SEGUNDA PARTE. Al sol 69

TERCERA PARTE. Por la noche 155

Epílogo, por John Nichols 201

«Oye, ¿quién era ese tipo intratable?»

Un retrato de Charles Bowden 205

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## Prólogo

Todo en esta novela es crepuscular, así que no es de extrañar que cuando se publicó la edición inglesa decidieran cambiarle el título original por el de «Atardecer en el Cañón». Quien se haya habituado al tono sardónico, brutal, enfático pero despiadado del Abbey de La banda de la tenaza y su continuación, topará aquí con una voz que, siendo la misma, parece haber preferido descender al susurro. Es verdad que crepuscular era también la obra maestra –es una opinión personal, claro– de Abbey: *The brave cowboy*, pero aun siéndolo, no cabía duda del afán guerrero de su protagonista, por mucho que supiera que su derrota ante un mundo de máquinas estaba más que cantado (y la imagen final de la novela no podía ser más categórica). En esta novela, sin embargo, el protagonista está tan convencido de esa derrota que ni siquiera se plantea la posibilidad de declarar ninguna guerra: no le ha quedado más solución que borrarse, perderse, guardarse en las entrañas de uno de esos parajes tan Abbey, aparentemente indomables pero en riesgo constante de ser arrasados. El paisaje es siempre un personaje de los libros de Abbey y aquí no podía ser menos, si bien, donde en otras novelas salvar el paisaje parece ser el *leit-motiv* de las tramas, aquí se rinde a su condición de decorado esencial para lo que de veras se nos quiere contar: la explosión, primero celebrativa y luego condenatoria, del desmayarse, atreverse, estar furioso y todo

lo demás que tan mágicamente encapsuló Lope de Vega en su soneto.

Sabemos que de sus novelas esta era la preferida de Abbey. Su simplicidad dramática le obliga a exprimir sus dotes de poeta y por eso se enorgullece declarando que de todos sus libros este era el único en el que se había dado por entero. Esas dotes lo capacitaban en obras anteriores para dar el do de pecho en las descripciones paisajísticas –se reservaba las dotes de histrión para los diálogos descabellados y descacharrantes de sus personajes más caricaturizables–: aquí tiene que vérselas también con el vacío de la pérdida, la sensación de agotamiento que castiga a un protagonista que no solo huyó de un mundo enloquecido que despreciaba y no tenía salvación posible, sino que además, cuando quiso agarrarse a la victoria pírrica de la salvación personal mediante una pasión nueva –como si creyese de veras en el dicho cursi de que uno tiene la edad de la persona a la que ama y por lo tanto puede volver a ser joven abrazándose a una joven– se encontró con el inmenso hueco de un desengaño, con la herida incurable del desamor. Parecen a simple vista temas muy poco Abbey, pero cualquiera que haya leído sus otras novelas recordará que las pasiones amorosas están siempre muy presentes en ellas, aunque mediante esas pasiones parezcan realzarse las ambiciones políticas –o antipolíticas– de quienes las padecen o gozan.

En *Sol Negro*, lo que en las otras novelas parecía un trampolín se convierte en el propio salto de la novela: hurga el narrador en una relación que desde sus primeros compases, más allá de los fuegos artificiales de la pasión, parece llamada no solo a la derrota sino también a una aguda conciencia de que esta es irremediable. Abbey estaba quizá cantando la desolación de quien cree encontrar por fin una herramienta con la que

luchar contra la inhóspita soledad que ha elegido y sabe que se engaña. Hay una danza de movimientos lentos y seguros, un encandilamiento que se disfruta con un no sé qué adolescente y una pureza que convierte en joven al ya cascado y descreído protagonista. Y de repente la pérdida, una pérdida que lleva a una búsqueda colosal en la que el protagonista se incrusta en el paisaje, el paisaje se alza ante él como un lugar donde la vida humana no solo parece improbable sino también un desatino y por lo tanto todo lo relacionado con ella un despendio desorbitado: el amor, por ejemplo. Y sin embargo la búsqueda por entre cañones y desiertos, contra el carnívoro sol, adentrándose en un aire calcinado, proporciona las mejores páginas de Abbey, un Abbey que tenía sus razones íntimas para considerar esta novela como algo más que una novela: un testimonio visceral, escrito en poco tiempo, en circunstancias complicadas, como si lo hubiera poseído el demonio de una ausencia. Otra de las razones de peso que decantaban al autor por esta novela cuando le preguntaban cuál era de entre sus obras su predilecta, tiene que ver con su recepción: crítica y público se pusieron de acuerdo en que este Abbey era menos Abbey que el autor de *La Banda de la Tenaza*, uno de los pocos narradores que podía congratularse de haber creado a la sombra de sus novelas un movimiento político formado por todos aquellos ecologistas que descreían del pacifismo como defensa de sus ideales y que ante las constantes agresiones de la voracidad capitalista y las palas excavadoras que se comían los paisajes no creían que unos cánticos o pancartas fueran defensa suficiente. Naturalmente para los grandes adoradores de la más famosa de las obras de Abbey, *Sol Negro* era un paso atrás, un incomprensible homenaje a la novela romántica, una especie de debilidad.

Crepuscular e intensa, *Sol Negro* es sin duda la más rara de las novelas de Abbey, y una buena demostración de la capacidad de su voz para adaptar diferentes modulaciones. El aliento épico de su vaquero indomable dio paso al tragicómico de los componentes de su legendaria *Banda*: tocaba, una vez agotada esa vía, probar el aliento lírico, penetrante, solitario, en una novela de amor/desamor en la que tasara el dolor de una pérdida sin dejar de cantar las violencias de sus inconfundibles paisajes.

JUAN BONILLA

# **Sol negro**

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

*Para Judy, 1943-1970 –dondequiera que sea.*

Hay tres cosas que son demasiado maravillosas  
para mí, sí, cuatro que no conozco:

El camino de un águila en el aire;  
el camino de una serpiente sobre un roca;  
el camino de un barco en medio del mar;  
y el camino de un hombre con una doncella.

PROVERBIOS

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

## Prefacio

Sí, sí, es cierto: me enamoré hace mucho del oeste, en el verano del 44 mientras flotaba a través del desierto y las montañas en la puerta lateral de un Pullman. En un vagón. Ferrocarriles de Atchison, Topeka y Santa Fe. Encerrado por vagabundo en Flagstaff, Arizona, asaltado en Sacramento, California, sudando hasta casi morir en un rancho de trigo en Dakota del Sur, dado por muerto en una zanja del albergue de mendigos de Idaho, a todo sobreviví del mismo modo en que me enamoré: para los restos.

Esta es una novela sobre el amor. Y sobre el sexo, y sobre el bosque, y sobre el amor bajo el sol en el bosque, y sobre la desaparición. El desvanecimiento de quien amas. Sobre el misterio, es decir: sobre el desconcertante dolor de la muerte. Como la mayoría de las novelas honestas, es parcialmente autobiográfica, mayoritariamente inventada y completamente auténtica. La escribí en cuatro semanas, pirateando en una máquina prestada, de noche, después del trabajo, en un lugar extraño de Arizona.

Sí, he pasado muchos veranos en lo que la Guardia Forestal denomina «el mirador de los incendios», una torre entre los árboles del bosque, lejos de todo lo que sostiene la cordura. La voz que habla en este libro es la voz apasionada del bosque, ese sonido del viento gimiendo entre los pinos amarillos. Sabes de lo que estoy hablando. La locura

del deseo y el gozo del amor y la agonía de la pérdida final –tanta, y nada más, era mi modesta ambición cuando escribía este libro–. En mi imaginación, por caminos incomprensibles para el autor, el deseo y el amor y la muerte se internan a través del desierto de la vida humana en el desierto del mundo natural –y sigue, una vez y otra vez, quizá para siempre, de vuelta al punto, sea el que sea, donde comenzamos–.

Palabras pretenciosas. En realidad, este libro fue escrito, fundamentalmente, por placer, por el placer de los sonidos y el de las imágenes, y si su sentido alcanza su objetivo entonces el lector experimentará un placer análogo al que sentí yo cuando lo escribí. ¿No es esa la función esencial del arte?: ¿agregar en lo posible algo a la suma total de placeres y formas en un mundo donde, en esencia, rigen el dolor, la confusión, el miedo?

EDWARD ABBEY  
Oracle, Arizona, 1981

PRIMERA PARTE

En el bosque

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

Cada día comienza como los demás. Suave, cautelosamente. Como a él le gusta. Un viento de amanecida a través de los árboles, los interrogativos reclamos de oscuros pájaros. Oye la melodía aflautada, fresca como la plata, del tordo ermitaño.

Así aguarda un rato, las manos bajo la cabeza, contemplando la luz a través de la puerta abierta del pasillo de la cabaña. Los sutiles cambios que sigilosamente llevan del violeta al azul hasta alcanzar el gris matutino. Abre entonces su saco de dormir, se levanta de la cama y desnudo camina hasta la puerta donde se quedará durante un tiempo impreciso, apoyado en el marco, mirando hacia fuera.

El sol está cerca pero aún no asoma. Todavía parpadean en el lado occidental del cielo algunas estrellas. En la zona en sombra del claro pastan los ciervos, junto al mirador de los incendios: figuras mortecinas bañadas por una luz gris perla. La pesada quietud del bosque, sombrío y oscuro, lo rodea todo.

Al fin, el hombre se pone en marcha y sale, desnudo y descalzo, camino de la bomba montada en una cisterna junto a la cabaña. Los ciervos se convierten en sombras entre los árboles. Le da a la bomba, una cosa arcaica de hierro fundido y madera, y llena un cubo con el agua fría de la nieve derretida. Un poco más allá del borde del claro, bajo la densa sombra de piceas y abetos, se ubican los montícu-

los y las dunas de superviviente nieve antigua que le proporcionan agua. Aquí, en la cumbre de una vasta meseta, a millas del pozo, la corriente o el manantial más cercano, no hay otra fuente.

Mete el cubo de agua en la cabaña, prende el fogón y llena la cafetera. El humo sale de las grietas del hierro viejo, las llamas murmuran, la corriente de aire caliente aúlla silenciosa por el tubo de la campana y el humo desaparece.

Cierra la compuerta del horno de leña y se da la vuelta para calentarse el trasero, frotándose la barriga, mirando a la nada. Un ratón sale de debajo de la alacena, se detiene a mirar al hombre y luego se escurre junto a la pared hasta la esquina que queda bajo la mesa. Se detiene de nuevo, vigila. El hombre sale a la intemperie.

Una palangana de lata cuelga de un clavo en la pared. La llena en la bomba y derrama el agua helada sobre su cabeza y sus brazos, sobre su pecho. El aire está quieto ahora, no hay el menor movimiento. Grandes columnas anchas y doradas de luz solar se internan a través de los pasillos del bosque hasta el claro. Temblando, se apresura a regresar a la cabaña y a la estufa y se seca con una toalla grande que acaso ya no luzca como antes, aunque sigue más limpia de lo que cabría suponer de un hombre que vive solo en el bosque durante la mitad de cada año. Se sirve una taza de café negro, humeante, rico, criminal y luego, de pie junto al fuego, todavía desnudo, mirando a la nada, se olvida de tomárselo.

Es un mundo inmóvil, casi silente. El canto claro del ermitaño hace más evidente la quietud, más crudo el silencio. Si aguza el oído, puede oírse el murmullo del fuego en el horno, el crujido del techo de metal expandiéndose

levemente con los primeros rayos de sol, la caída, ahí fuera, del cono de un abeto al suelo. Pero nada más. Más tarde, ya en la estación –muy pronto– vendrán otros sonidos: el trueno de un relámpago rasgando el cielo y envolviendo como una serpiente en llamas el tronco de un árbol, dirigiendo una bala de cañón furioso a través de alfombras de polvo, cuchicheos y ronquidos del bosque... el suspiro de los árboles en llamas, el rugido del caos. Pero nada por el momento.

El ratón, moviéndose hambriento debajo de la mesa, le recuerda la supuesta realidad del tiempo presente. Sorbe su café, se pone algo de ropa y un abrigo viejo, vuelve a llenar la taza y sale rumbo a la torre. En el aire helado se dibuja el vapor del café caliente que lleva en la mano.

La torre es un esqueleto de acero de noventa pies de estatura, lo suficientemente alta como para elevarse sobre los árboles más altos de sus inmediaciones. Sube a ritmo constante la escalera de madera que mediante pronunciadas pendientes va alzándose de rellano en rellano dentro de las cuatro patas de la torre. Arriba hay una sola habitación con ventanas en todas las paredes y una pasarela con barandillas en el exterior.

El tramo de escaleras más alto lo conduce a la pasarela. Se apoya contra la pared en la que pega el sol, respira con dificultad, sorbe un poco de café humeante y mira la mañana.

La torre está rodeada por el bosque. El mar de copas de árboles anega todas las direcciones: un dosel ininterrumpido de álamos y coníferas que avanza hacia los desiertos orientales, hacia las montañas cubiertas de nieve al sur y al oeste, y –entre uno y otro punto cardinal– hacia algo extra-

ño, una gran hendidura que divide la meseta de un extremo a otro, un abismo donde las pálidas paredes de piedra caliza del borde caen en una bruma de sombras, y las sombras descienden hacia una oscuridad más profunda.

No hay nada nuevo para él, nada que sea completamente desconocido. Y, sin embargo, cada vez que sube a esta torre, cada vez que contempla este mundo, le parece más extraño y onírico. Y todo él, completamente vacío.

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSION

## Epílogo

por John Nichols

Este es un libro grato sobre un hombre desesperado que se obsesiona por huir de la civilización y por el deseo hacia una muchacha. Carece de los muchos calambrazos políticos y el humor arrebatado de *La Banda de la Tenaza*. Tampoco nos encontraremos con una saga panorámica como en *Fool's Progress*. Y aunque casi toda la novela tiene por escenario bosques indómitos y cañones, el argumentario naturalista –tan crucial en la mayor parte de la obra de Abbey– aquí pasa prácticamente desapercibido.

Lo encantador de la novela es su sencillez. Uno tiene la sensación de que, por una vez en su vida, el ecologista, anarquista, cascarrabias e intelectual se propuso contar algo apacible y conmovedor que prescindiese de las rajadas por las que era reconocido. Así que escribió en voz baja sobre el bosque, los cañones y el desierto, y sobre nuestro deseo físico por alguien.

*Sol negro* es el canto de cisne de la inocencia, y como tal describe un cliché que todos veneramos para luego despedirnos de él en algún momento de nuestras vidas. Porque quién no ha anhelado vivir solo en algún lugar perdido... pero casi nadie es capaz de escapar del caótico mundo en que andamos sumergidos. De vez en cuando, ya maduros, nos alcanza la

EL PASEO EDITORIAL  
MATERIAL PROMOCIONAL  
PROHIBIDA SU DIFUSIÓN

«Oye, ¿quién era ese tipo intratable?»

### Un retrato de Charles Bowden

Era un tío fácil de conocer porque, afortunadamente, no tenía grandes momentos. Y no era el tipo que te habías imaginado cuando leíste sus libros. Una vez, nos encontramos en un antro mexicano. Marc Gaede, un amigo mío, llegó desde Los Ángeles con la esperanza de convencer a Edward Abbey de que le escribiera un prólogo para un libro de retratos que iba a publicar y se acompañó de grandes grabados del oeste que sirvieran de cebo. Por teléfono, Abbey había desanimado a Gaede: no, por Dios, no quería que lo retratasen, no quería garabatear ningún ensayo. En persona se mostraba, según su costumbre, callado y casi tímido, excepto cuando pedía un plato de huevos bien untados de grasa con un poco de carne de cerdo aparte. La conversación avanzaba lentamente –Marc colocaba los grabados sobre una silla y Ed murmuraba entre dientes– hasta que la charla se desviaba hacia los aspectos técnicos del *monkeywrenching*. Por lo que se ve, Gaede, en una encarnación anterior, había manejado una motosierra siguiendo su propio programa de embellecimiento de carreteras. Abbey empezó a empaparse de todos los detalles de aquello, ya estaba el novelista americano robando otra vida. Por supuesto que sí, dijo,